

YA ESTA PUBLICADA LA PRIMA DE ESTA PRIMERA SERIE

“EL PARNASO MEXICANO.”

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
E. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo num. 12

PUBLICADOS
los tomos dedicados a

Manuel Acuña.

Manuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

Esther Tapia de Castellanos.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Manuel Carpio.

José Rosas Moreno.

EN PRENSA.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(*El Pensador Mexicano.*)

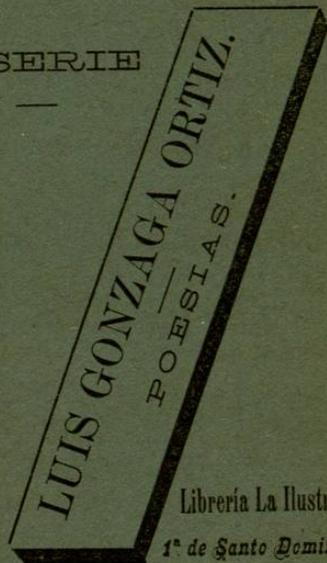
UN TOMO DE UNAS 200 PAGINAS.

PAGINAS EN VERSO DEL GRAL. VICENTE RIVA PALACIO

El Parnaso Mexicano.

PUBLICACION ECONOMICA.

2ª SERIE



Librería *La Ilustración.*

1ª de Santo Domingo 12.

MEXICO.

1885.

PO7250

EL PARNASO MEXICANO

LUIS GONZAGA ORTIZ.

PO7250

Distinguidos literatos que tienen la bondad de colaborar en esta publicación.

SEÑORAS.

Esther Tapia de Castellanos.—Laureana Wrigth de Kleinhans.—Laura Mendez de Cuenca.—Refugio Argumedo de Ortiz.—Refugio Barragán de Toscano.—Mateana Murguía, V. de Stein.—Josefina Perez.—Dolores Correa Zapata.

SEÑORES.

Ignacio M. Altamirano.—Manuel Peredo.—Ignacio Montes de Oca.—Guillermo Prieto.—José M^a Vigil.—Luis G. Ortiz.—José T. de Cuellar.—Francisco Sosa.—José Peon y Contreras.—Julio Espinosa.—Antonio Cisneros Cámara.—José M^a Bandera.—Salvador Diaz Mirón.—Hilarión Frias y Soto.—Justo Sierra.—Manuel Gutierrez Nájera.—Agapito Silva.—Juan de Dios Peza.—Ramón Rodriguez Rivera.—José M^a Rodriguez y Cos.—Federico J. Jens.—Ovidio Zorrilla.—Manuel Gutierrez Zamora.

Es propiedad del editor, quien la tiene asegurada conforme á la ley.



J. Ortiz

EL
PARNASO MEXICANO

LUIS GONZAGA ORTIZ

Su retrato, rasgos biográficos y poesías escogidas
de varios autores,
coleccionadas bajo la dirección del

General D. Vicente Riva Palacio,

POR

FRANCISCO J. ARREDONDO

SEGUNDA SERIE

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12-PRIMERA DE SANTO DOMINGO-12

México 15 de Diciembre de 1885.

LUIS G. ORTIZ.

Nació en la ciudad de México el día 14 de Abril de 1835; hijo de D. José María Ortiz y de la Sra. Guadalupe Enciso. Estos mismos dirigieron personalmente y en su propia casa la instrucción primaria y secundaria de su hijo, quien más tarde pasó al colegio de Minería, y después al de San Juan de Letrán, á cuya Academia de Bellas letras perteneció hasta la extinción de aquel instituto.

Muy joven era Ortiz cuando entró á desempeñar un empleo en el ramo de Hacienda, hasta el año de 1866 en que hizo un viaje á Europa, de la que recorrió las principales ciudades y los lugares más célebres é importantes.

A su retorno á la patria en 1868, después de la guerra de los franceses, volvió á ocupar un puesto en la administración pública, y fué nombrado por el

Sr. Juarez, redactor en jefe del *Diario Oficial*, en cuyas labores se ocupó algún tiempo, y una vez separado de ellas, tornó á sus antiguas ocupaciones en las oficinas de Hacienda. En ellas continúa hasta el presente, no merced al favoritismo, sino á la inteligencia é inquebrantable honradez con que se ha conducido siempre.

Las horas que le han dejado libres los puestos que ha desempeñado, han sido consagradas siempre por Ortiz al cultivo de la literatura, y muy particularmente á la poesía, debiendo á ésta una reputación no común.

Entre los poetas mexicanos, cuyo nombre es conocido en el extranjero, por haber figurado en varias obras allí publicadas, Ortiz es uno de los primeros. El ha sido ántes de Manuel Flores, el que ha consagrado sus producciones casi exclusivamente á la poesía erótica, y puede decirse que en sus obras ha bebido la inspiración, la juventud literaria que cultivaba ese género entre nosotros. Sus sonetos pueden citarse como modelos, compitiendo con los mejor acabados de Carpio y de Pesado; sus leyendas, como la intitulada *Heberto*, son

dignas de los buenos tiempos de Zorrilla. En todos sus versos hay fluidez y sonoridad, y rebosan ternura exquisita; muchos son ardientes como si hubieran sido escritos bajo el sol de los trópicos, que no es por cierto el que alumbró la cuna del «bardo de los amores,» como bien puede llamarse á Ortiz.

Hablando de él, dice un libro publicado en España: «Luis Gonzaga Ortiz es uno de los poetas líricos mexicanos que más justa nombradía consiguió como trovador del bello sexo, para el que ha tenido en su lira un altar de plata, y en su corazón un templo de flores. Sus versos son armoniosos y dulcísimos, como conviene á la delicadeza de imágenes que en ellos abundan, y no dejan algunas veces de encontrarse grande elevación en los pasajes dramáticos que suele abordar.»

Muchas y muy felices traducciones ha hecho Ortiz de los poetas italianos. Ni podía ser de otra manera, porque sus cantos propios son dulces como el idioma del Tasso, y porque él es apasionado como lo fué el Petrarca.

En las novelas originales que Ortiz ha publicado, el amor juega un papel

principal; el estilo es galano, y poético el lenguaje. Sus artículos literarios revelan al punto que el autor es un poeta, y tan marcado es el estilo de Ortiz, que no han menester sus obras su firma, para saberse á quien pertenecen.

Ortiz ha escrito mucho. Lleva publicados dos tomos de poesías y varias novelas: ha colaborado en todas las publicaciones acreditadas, y conserva inéditos multitud de escritos en prosa y en verso. También ha traducido varias novelas francesas y piezas dramáticas, representándose algunas de éstas con muy buen éxito.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el Liceo Hidalgo y las principales corporaciones de la Capital y de los Estados, cuentan á Ortiz en el número de sus socios más distinguidos. En estos últimos años, Ortiz, no sin pesar de los amantes de lo bello, ha permanecido casi ajeno á los esfuerzos de los que en México mantienen vivo el amor á las letras. En una que otra publicación aparece de tarde en tarde alguno de sus bellos cantos; pero el poeta parece querer vivir alejado del bullicio de las reuniones de sus hermanos en li-

teratura. Acaso ha contribuido á esa actitud los pesares de familia que le han atribulado. Ortiz ha sido el hijo más amante y cariñoso, y al morir sus ancianos y respetables padres, se han llevado, puede decirse, las alegrías del poeta.

Aunque, como ya dijimos, Ortiz ha estado ocupado con cortos intervalos en las oficinas de Hacienda, es preciso confesar que nuestros gobiernos no han sido tan justos como debieran, con él. Quien trabaja con inteligencia, constancia y honradez; quien procura el aumento de las rentas publicas lejos de procurar enriquecerse con ellas; quien bajo cualquier punto de vista que se le considere, sabe honrar á la patria y á la Administración pública, no debe permanecer largos años sin ver recompensados sus afanes con mejores puestos de los que Ortiz ha llegado á desempeñar. Pero Ortiz tiene una buena cualidad que casi siempre es causa de la ruina de los hombres de valer entre nosotros: no sabe intrigar, ni sabe pedir. ¿Quién se acuerda de un hombre así cuando hay tantos que ostigan á los gobernantes?

FRANCISCO SOSA.

LUIS G. ORTIZ.—
ROMA.

Y eres tú la señora
Arbitra altiva de la tierra un día,
Cuya púrpura espléndida cubría
Del mar de Atlante el caudaloso Eufrates,
Del Panto Euxino yerto
A las rocas del Atlas,
Y á la candente arena del desierto?

¡Pobre mendiga! hoy triste
De tu templo titánico á la sombra,
Y á los lamentos de tu sacro río
Que gimiendo te nombra,
Tendida yaces, miserable y sóla
Sin púrpura, ni cetro, ni aureola.

Libro eternal que abierto
Del viajero á la atónita mirada,
De tus pasados siglos y tu gloria
En las sublimes páginas realzadas
Con pórfido y granito y mármol duro,
Austera cuentas tu grandiosa historia,
Asombro del pasado y del futuro.

Mas ¡cómo así caída,
Cobarde y abatida,
Tú, reina del saber y el heroísmo,
Del valor y los goces
Y madre de los héroes y los dioses?

Prisioneras tus águilas caudales,
No ya el pico sangriento
Afilan en el sacro Capitólio
Para lanzarse al viento,
Y recorriendo el mundo,
Tornar luego á ofrecer ante tu sólio,
La palpitante víctima inmolada
A tu alto orgullo y tu desdén profundo.

Todo pasó: y el vástago divino
De Marte rudo que con fuerte mano,
Sobre el sagrado Monte Palatino
De la Eterna Ciudad trazó los muros;
El siempre vencedor, que sus legiones
Tendió de Eufrates al remoto Atlante,
Viéndote ¡oh Roma! harapo de los siglos,
Ramera súa apenas palpitante
Gimiendo reclinada en tus colinas,
Te contempla indignado
Desde su trono olímpico,
Junto al tonante Júpiter, sentado.

Del galo miserable,
Tú esclavo vil y gemebundo un día,
Ora mal disimulas,
Sobre tu frente gualda,

La vergüenza y el sello del azote
Que el verdugo rompió sobre tu espada...
Y, al son de tus cadenas,
Sollozando tus penas,
En balde ¡ay Dios! te arrastras
De la Cruz á la sombra,
Tendiendo hambrienta la convulsa mano,
A las rejas del sordo Vaticano,
Que armas extrañas guardan
Y hoy al pueblo de César acobardan.

De noche, báján en confusa tropa
Y lento paso y ademán terrible,
Mil sombras venerandas que ceñidas
De eterno lauro al viento descogidas
Las clámides sagradas y sangrientas,
De la madre infeliz y mancillada
Piden cuenta á los pósteros que viles,
Cual míseros reptiles,
No con la voz del lábio
Y sí del corazón, cuentan su agravio,

Entónces ¡ay! los pálidos fantasmas
Los lauros arrancando de su frente,
Y con la voz del trueno que potente
Razga la negra nube,
¡Maldición! claman y el rumor tremendo
Resonando en el Foro y Coliseo,
La tierra atruena y al Olimpo sube!
Hoy se ven desaparecidos
Por la *sagrada via*,
Y del augusto templo en los escombros,

Grupos altivos de canalla impía,
 Soldados extranjeros
 En los sonoros pórticos haciendo
 Resonar los aceros,
 Y también gente extraña
 El palacio vigila,
 Con hierro agudo en la vendida mano,
 Del sucesor de Pedro,
 Del Vicario de Cristo, soberano.
 ¡Qué fué de tanta gloria y tanta pompa,
 Oh pueblo sin segundo?
 Y cómo es ¡ay dolor! que la guerrera
 Y sonora trompa
 Que susto diera al mundo
 Tronando en las llanuras de la tierra,
 No convoca belígera á la guerra
 A tu falange atlética, que fácil,
 Tan sólo con su aliento rompería
 La féble y sucia cuerda,
 Que el fanatismo y su caterva impía
 Apretaron al cuello
 Del pueblo de los héroes; que á querello
 Cadenas de diamantes desharía?.....

¡Alzate ya! quién hizo resistencia
 Alas lavas del Etna y del Vesubio,
 Cuando en terrible efluvio
 La tierra amenazando y aún al cielo,
 Como mares de fuego rebramando
 Derraman por doquier horror y duelo!
 ¡Quién resiste á los mares si retumban
 De sus cavernas hórridas brotando

Las gigantescas ondas que derrumban
 Cuanto á su régio paso vá estorbando?
 Y quién detiene el rayo
 De Júpiter tonante
 Lanzado de su trono fulgurante?
 ¡Alzate yá, la miserable esclava!
 Reconquista tu espléndida corona,
 Y con tu gloria ó con tu sangre lava
 La mancha que abaldona
 Tu pálida y ajada y triste frente,
 Gritando: "Ya otra vez soy la matrona
 "Del pueblo rey divino,
 "Hoy grande y poderoso
 "Sí ayer burla y escarnio del Destino!"

Ay! entónces, yo errante
 Bardo que huyendo la maldita argolla
 Del infame traidor, lloro en la margen
 De tu sagrado Tíber, de mi Anáhuac
 La cruda suerte, pues le miro hollado
 Por el vándalo atroz, secaré el lloro;
 Y de pié sobre el Monte Palatino,
 Haciendo estremecer el arpa de oro
 De tu Marón divino,
 Me ceñiré la rama de tu encino,
 "Salud" tres veces gritaré iracundo,
 "¡Oh fuerte y Sacra Roma!"
 Y mi voz volará de mundo á mundo!...

Mas ¡ay! tu frente cana,
 Mal con su peso grave
 El crinado morrión sustentaría;

Tu mano ya no sabe
 Apretarse el arnés, y temblaría
 Al empuñar la ponderosa lanza
 Terror del mar y de la tierra un día.”

Así clamaba triste,
 Y luego hacía Occidente
 Los enturbiados ojos dirigiendo,
 Negro dolor me abruma
 Y nuevo llanto á mi pupila asoma:
 Que ausente de mi madre y de mi cielo,
 Y en mi dolencia suma,
 Esclavo como á Roma,
 Miro al suelo infeliz de Moctezuma!.....

Roma 1866.

MI FUENTE.

SONETO.

Al pié de la inocente y escondida
 Rústica choza en que rodó mi cuna,
 Sus ondas derramando una por una
 Rueda mi fuente entre el verdor perdida.
 Cuantas noches mirando repetida
 En su cristal á la naciente luna,
 ¡Quien tuviera, esclamaba, la fortuna
 De ir en el már por la región tendida!

Quísolo Dios: sobre flotante leño
 Y entre las ondas de la mar hirviénte
 Ví realizarse mi afanoso empeño;
 Viendo á Dios en el mar, bajé la frente,
 Pero agora en el mar tan sólo sueño,
 Mi humilde y dulce y sonora fuente.

A.....

Rosa, mi dulce rosa, pálida y bella;
 Ven, que ya en el Oriente pura destella
 La blanca luna,
 Celeste mensajera de mi fortuna.
 De estrellas el teatro llenó la noche,
 Como el rocío en el alba de un lirio el broche,
 Pero yo muero,
 Porque tú aquí me faltas, lindo lucero.
 Llegaste!... Rosa linda, bendita seas!
 No mires á ninguno, no, no les veas.
 Luz de mi cielo,
 No mires á ninguno, que tengo zelo.
 Rosa pálida y linda, mi blanca rosa,
 Cuando el sueño me tienda su ala preciosa,
 Con tus olores
 Báñame, que mis sueños son tus amores,
 Que yo vivo soñando con tu belleza,
 Con tus ojos de luna, y á mi tristeza
 No hay más consuelo
 Que beber en tus ojos la luz del cielo.
 —Quiero escribir un libro para tí sólo;
 Yo formaré sus hojas con tu corola

Cual blanca espuma,
 Y mojaré en tu cáliz mi amante pluma.
 Y escribiré con néctar mis cantilenas,
 Y les darán aroma las azucenas;
 Y, eco sonoro
 Suspirará diciendo: “¡Cuánto te adoro!”
 Cada página bella será un suspiro,
 Cada verso tu nombre con que deliro
 Y donde impreso
 En cada fólio encuentres un dulce beso.
 Será una historia tierna, toda de amores,
 De suspiros, miradas, ayes y flores,
 Y un blando coro,
 Que dirá en ritornelo: “¡Cuánto te adoro!”
 Mas no quiero que nadie la historia lea,
 Ese libro del alma nadie le vea.
 ¡Libro de aroma,
 Que sólo los que se aman saben su idioma!
 Ese idioma divino que nuestras almas
 Hablan y lo comprenden cuando dos palmas,
 Entre delicias,
 Meciéndose se abrazan con mil caricias.
 Idioma que murmúran las dulces flores,
 Cuando miran al cielo y en sus amores
 Se desvanecen,
 Y al recibir el pólem ¡ay! desfallecen.
 Hermoso idioma que hablan flores y fuentes
 Campos, brisas, insectos, fieras rugientes
 Y hasta las nubes,
 Porque es el bello idioma de los querubens.
 Es el lenguaje tierno que amor inspira
 A cuanto el mundo puebla, crece y respira;

Es el idioma

Que tú y yo suspiramos, blanca paloma,
Mas solo los que amamos le comprendemos,
Y nosotros, mi vida, bien lo sabemos,

Que eterno coro

En nuestras almas canta: "Cuánto te adoro!"
Rosa, mi rosa bella, pálida y linda,
Ya la tarde en ocaso su luz nos brinda,

Y Héspero llega

Y en brazos de la noche tierno se entrega...

Abre tú á mis suspiros tus dulces hojas,
Estoy enamorado, vé mis congojas,

Y en tierno exceso

Paga mis cantinelas con sólo un beso.
Abre al amante arrullo de mis amores
Tu cáliz de deleites, flor de las flores,

Y allí rendido

Deja que eternamente quede dormido...
Pero no me despiertes; toda la vida
Deja que el alma duerma de amor rendida;
Que al fin risueño

O triste, en este mundo todo es un sueño.
De nuestro libro hermoso es la primera
Esta página; dime, ninfa hechicera,

¿Lo sientes bello?

Porque si no, mi vida, voy á rompello.

Al fin que nadie sabe quien soy, quién eres;
Y si yo te idolatro, si tú me quieres,

¿Qué importa el mundo?

¡Amor es todo un orbe, lindo y fecundo!
Que el misterio en amores es muy hermoso;
Yo te hablaré tan quedo, mi ángel precioso,

Que entre las flores,

Ni oirá el silencio mismo mi voz de amores.
Abre al arrullo dulce de mi cariño
Tu cáliz de deleites y como un niño,

Siempre dichoso,

Me verás en tu seno blanco y hermoso.
Ven; muy quedo, bien quedo, al bosque entre-
mos.

Y allí, tú, Amor y Vénus, juntos juguemos,

Oyendo el coro

De natura que canta: "¡Cuánto te adoro!"

.....
—No sé quien en la sombra de una enramada
Así cantó á deshora esta balada;

Pero en su giro,

De muger llevó el aura, blando suspiro.
Y yo gravé en el alma y en mi memoria
La peregrina y bella, cándida historia,

¿Quiénes serían

Los que tan dulces cosas así decían?.....

Eran dos corazones, muertos de amores,
Que suspiraban tiernos entre las flores,

Y un dulce coro

Que cantaba en el cielo: "Cuánto te adoro!"

A.....

(Inedita.)

¿Por qué prefiero la noche
Triste, oscura y sin fulgor,
A la hermosura del día
Su luz, su brillo y su sol?
¿Sabes por qué, vida mía?
Porque en esas horas voy
A gozar con tus miradas
Y con tus besos de amor,

Bien vengas, la dulce noche,
Anhelo del corazón,
Con tu apasible penumbra,
Con tu armónico rumor;
Y con tu pálida luna
Que entónces, dichoso soy
Soñando al bien de mi vida
Entre caricias de amor.

Es el hora que en su nido
Con ánsias del corazón,

Desvelado canta amores
Suspirando el suiseñor;
Y con lenguaje de arómas
Las flores del girasol,
Se dicen y dan caricias
Entre sus besos de amor.

Las horas que entre perfumes
En un lecho de crespón
Que le forma con sus pétalos
Blanco lirio del Japón,
La abeja con su consorte
¡Ay, si fuéramos tú y yó!
Gozan de placer un cielo
Entre caricias y amor.

Es el hora en que Dïana,
A su dormido Endimión,
Con besos de amor despierta
Llamándolo en dulce voz,
Cual yo te despertaría,
Angel que el alma adoró,
Llegando quedo á tu lecho
Con mis besos y mi amor.

Mas díme, bien de mi vida,
Dime si anhelas cual yó,
La triste, apasible noche
Con su pálido fulgor,

Porque es el hora bendita
 En que delirante voy
 Buscando á el alma un consuelo
 En tus caricias de amor.

Dime si en eterno afán
 También deliras cual yó,
 Esperando que la sombra
 Con su impalpable crespón,
 Venga á confundir amante
 Una alma, que aunque son dos,
 Se funden en una sola
 Con un beso y un amor.

Dime que también tus sueños
 Cual mis sueños lindos són
 Sintiendo desfallecida.
 ¡Ay! cómo lo siento yo,
 Que abrazados y muy juntos
 Corazón con corazón,
 Hasta el morir fuera dulce,
 Entre caricias de amor.

¡Oh noche ¡pálida luna!
 Lucero hermoso que vió
Ella, diciéndome: "Mira,
 "Nos vé cual te miro yo."
 Noche, ¡bendita tu calma!
 Pues entre tus sombras soy

Feliz soñando con *ella*
 Y sus besos y su amor.

Noche apasible, en tus aras
 Pondrán corazones dos,
 Guirnaldas de adormideras
 Y cual himno esta canción.
 Daremos culto á tus sombras,
 Pero en cambio que *ella* y yo,
 Soñémos en tu regazo
 Con mil besos y un amor!

OTRA HOJA DE NUESTRO LIBRO.

A ***

De aquel libro do en secreto
 Dictó el prólogo un amor,
 Es esta una hoja, mi pálida rosa,
 Do voy á escribirte con néctar de flor.

Un lindo nardo oloroso
De su seno virginal,
Me ha dado un pistilo que sirva de pluma
A fin que yo copie tu faz celestial.

Y sobre lo que yo escriba
Para que más bello esté,
Fugaz mariposa su polvo de oro
Irá derramando con gotas de miel.

Ya ves que el libro secreto
De tu amor y de mi amor,
Será muy hermoso, mi pálido lírio,
Escrito con oro, y néctar de flor.

Ven y acércate, mi vida,
Acércate más y más,
A fin que yo pueda decirte muy quedo
Del fondo de mi alma rendida el afán.
Oye, que cual los rumores
De la abeja entre el verdor,
Muy blandos, muy blandos serán los suspiros
Que canten muy quedo tu amor y mi amor.

Te ví una fresca mañana
Del bello y florido abril,
Cruzar la *Alameda* do apenas tu planta
Su huella divina dejaba sentir.

Tu angelical hermosura,
Tu cuerpo airoso y fugaz,
Un negro ropaje flotando envolvía
Y un velo ocultaba tu célica faz.

Mas al través de ese velo
Miré tus ojos lucir,
Cual brillan dos astros tras nube importuna
Y ¡oh rosa! en el alma su fuego sentí.

Y al verte cruzar, bien mío,
Se oyó al aura murmurar:
¿Quién es esa rosa tan pálida y bella?
¿De dónde ha venido tan rara beldad?

Y tú, mi adorada ninfa,
Cruzaste cerca de mí,
Sin verme siquiera, sin ver que mi alma
De mí se ausentaba volando tras tí.

Desde entónces yo te adoro
Y voy de tu huella en pos,
Cual busca la abeja la miel de las flores,
Cual sigue la luna las huellas del sol.

Cual busca el ciervo sediento
Los cristales del raudal,
Cual buscan las aves el nido adorado,
Cual busca en el bosque su amada el torcaz

Por eso cuando en mi alcoba
Sueño con tu dulce amor,
Si sueño que estrecho tu seno agitado
Me mata el latido de fiel corazón.

Por eso si entre mis brazos
Te siento desfallecer,
Y trémula ansiosa abriendo á mis besos
Tus lábios de rosa, veneros de miel;

Y si embriagado de goces
 No te encuentro al despertar,
 Y tiendo mis brazos y encuentro el vacío,
 ¡Oh rosa del alma me agobia el pesar,
 Y te busco entre la sombra
 Y te llamo en mi dolor,
 Y apenas diviso travez de mi llanto
 Tu sombra adorada ¡oh pálida flor!

Vén, pues, que florido lecho
 Tálamo de amor feliz,
 En gruta apartada nos brinda la siesta
 Al pié de enramadas de mirto y jazmín.

No temas que nadie mire;
 Pues cuidándonos amor,
 El dedo en la boca dirá á los pastores:
 "Mas quedo, mas quedo, que duerme una flor.
 "Si llegais á despertarla
 "Le vais á dar un pesar;
 "Dejadla que duerma y quedo muy quedo,
 "Pasad sin rumores; zagalas, pasad"

Y de tan dulces deleites
 Solos gozando los dos,
 Ninguno, mi vida, sabrá que en un beso
 Y en una alma sola vivimos tú y yó.

Pues bien sé que en el misterio
 Amor y deleite están;
 Amor y deleite, mi bien, nos esperan;
 Mi pálida rosa ¿qué sientes?

—Ay! ay!.....

EL AVE SOLA.

Ave que triste y solitaria lloras
 sobre desnuda y temblorosa rama,
 léjos del dulce vocinglero coro,
 lánguida y sola.

¡Cómo así huyendo del espeso bosque
 donde las aves sus amores cantan,
 tú sin consorte y sin amor suspiras
 sola, tan sola!

Nunca festiva te miré en el prado
 de una consorte acariciar la pluma,
 nunca entonar á las nacientes flores
 dulces cantares.

Lloras, no cantas, y doliente luego
 ráuda cruzando la extensión inmensa,
 vas á perderte en el confin lejano
 sola, muy sola.

¡Oh fiel imagen de mi triste vida!
 yo así doliente y solitario siempre,
 triste del arpa alguna vez arranco
 flébil gemido.

Yo como tú las soledades busco,
 porque á las almas que el dolor oprime
 ¡ay! cuanto adulan y consuelan cuanto,
 sombra y silencio!

Ave doliente, solitaria y mústia,
 ¡oh! como envidio de tu errante vida
 la libertad, tus alas y tu blando
 canto de amores.

Sombra y olvido, soledad, silencio,
 tal es del alma el afanoso anhelo,
 dadme una fuente, un árbol una choza,
 luego, el olvido.

Si Laura no oye mis dolientes ayes,
 si ella no enjuga mi doliente lágrima
 ¿qué vale un cielo si en su azul no brilla
 Cándida estrella?

Pérfido el mundo y el amor un sueño
 son y la gloria amarga, muy amarga,
 ráuda la vida y como ráuda triste,
 triste y doliente.

Solo dejadme el arpa suspirosa
 fiel confidente de mis negras ánsias,
 que ella y el eco de sus blandas quejas
 son mi consuelo.

No quiero más; y como el ave sola
 dadme sombra, el espacio y una rama;
 ni amor ni compasión, dadme tan solo,
 Solo el olvido.....

EN LA MUERTE DE MI ADORADO PADRE.

I

Lo quisiste, Señor; y aunque me hiere
 En la mitad del corazón tu mano,
 Yo bendigo tu golpe soberano
 Que así probar mi resistencia quiere.

Más sé también que aún cuando larga fuere
 La ausencia de mi padre, no es lejano
 El día en que bese su cabello cano,
 «Porque algo siento en mí que nunca muere»

Nos veremos allá, cuando mi alma
 Salvando del vivir el mar bravío,
 Vuele buscando la celeste calma

Y al santo sér á quien mi llanto envió;
 Más el plazo de verte en dulce calma
 ¡Cuán largo me parece, padre mío!

II

Vencedora tu nave en la partida,
 La opuesta márgen alcanzó dichosa,

Donde del justo la corona hermosa
Que ganó tu virtud llevas ceñida.

Dichoso tú, mi padre, que rendida
La jornada de lágrimas, penosa,
Hoy tienes por morada luminosa
El cielo eterno de la eterna vida.

Tal vez será que de la esposa triste,
Y de los hijos el mortal quebranto
Escuches y su angustia te contriste.

¡Cómo no así, cuando te amaban tanto,
Y quedaron ¡ay Dios! porque partiste
Sin más consuelo que su amargo llanto!

III

Cuando saliste de mi hogar doliente,
Para nunca tornar, ¡oh padre mío!
Cuán triste, cuán desierto y cuán sombrío
Quedó el recinto que alumbró tu frente!

La esposa inconsolable, muda siente,
Empapado de lágrimas y frío,
El beso de sus hijos, que en un río
La angustia beben de su mal creciente.

La opaca luz del funerario cirio,
El luctuoso ropaje y la tristeza
Que allá en silencio anuncian el martirio,

Todo, el dolor á renovar empieza;
Sólo del lecho funeral se lanza
El rayo de la Fé..... ¡Santa esperanza!

IV

Perdona, oh padre, si en amargo lloro
Empapadas están todas las flores,
Que el pobre corazón en sus dolores
Riega en tu cruz, donde consuelo imploro.

Es que de tu alma el celestial tesoro
Perdido con el bien de tus amores,
En doliente orfandad y entre dolores
Dejó el hogar donde tu sombra adoro.

Mas no sufras mirando en este suelo
El triste llanto en que su afán mitiga
Tu familia en su amargo desconsuelo.

Tu mano cariñosa la bendiga
Y en calma la verás si desde el cielo
Tu santa sombra nuestro techo abriga.

Febrero de 1876.